

WILLIAM JAMES, *Pragmatismo*, trad. de Ramón del Castillo, Alianza, 2016, 300 pp. ISBN: 978-84-9104-339-3.

William James es uno de los principales representantes del movimiento que conocemos por el nombre de pragmatismo. En 1907 se publica *Pragmatism: A New Name for Some Old Ways of Thinking*, formado por ocho conferencias. Esta edición castellana está prologada por Ramón del Castillo, que nos dice que James llevó a cabo esta representación de su pensamiento deliberadamente como un manifiesto fragmentario por contraposición a un sistema de pensamiento como el programa kantiano. Como señala del Castillo en su introducción, en una carta a su hermano Henry de 1907, James escribe: “creo que va a ser algo comparable a la Reforma.” En el sentido de su repercusión en la historia de la filosofía, James tiene parte de razón, aunque como hito de una forma de historia podríamos decir que bebe directamente del giro kantiano en cierto sentido como intento de respuesta al caos de lo académico o al escepticismo.

El pragmatismo está ligado a la tradición americana, y esto puede ser comprensible en el sentido en que Tocqueville decía que en América no había filosofía. Su clave de bóveda, nos dice James, es el método pragmático. El método pragmático consiste en formularse, ante un problema, la pregunta por las posibles consecuencias de cada una de las soluciones posibles. En este sentido, como señala James, es ecléctico. Llegando hasta los límites: para James tendría sentido que afirmemos la existencia de Dios si nos sirve, si nos es útil, si nos hace lograr mayor satisfacción. En esto, nos dice, consiste lo que él como pragmatista llama verdad. Hemos de señalar dos virtudes que en cierto sentido James es capaz de asumir o hereda: su estilo literario y su concepción de lo literario o mítico en filosofía.

Las conferencias que constituyen *Pragmatismo* las llevó a cabo James entre 1906 y 1907, por lo que en las últimas tuvo tiempo de responder a los ataques recibidos por las primeras. Su queja fundamental es la ingenuidad revestida de mala baba con la que algunos pretendían interpretar el concepto clave del método pragmático, esto es, el de utilidad. Estos ataques llegan hasta nuestros días, y el capitalismo brutal del desencantamiento al que asistimos quizá explica, pero en modo alguno justifica, la perversión del tratamiento del concepto de utilidad, que por otra parte sólo conquista en cierto modo su potencia cuando se sitúa a su base el concepto de inmortalidad, por lo que quizá estos ataques sean la consecuencia lógica de un proceso que empieza con Maquiavelo y representa la cara oscura de la Ilustración. Creo que es bueno no saber qué problema hay de verdad en el uso de palabras como alma, inmortalidad o idea del bien, que en filosofía política son míticamente centrales y potencialmente sostenibles, mientras que su olvido

prácticamente nos aboca al reino de la autoayuda y la soberanía de estado.

El problema que genera esta forma de plantear las cosas equivale al intento de resolver la tensión centralmente irresoluble que constituye la filosofía. Tomarnos en serio el escepticismo es prestar atención a la posibilidad de que nuestras palabras carezcan por completo de sentido. Mantenerse cerca de la posibilidad del escepticismo es en gran parte obedecer el precepto mítico del “conócete a ti mismo”, que es quizá el mito fundacional de la filosofía, que consiste en la educación del alma tratando de estar siempre lo más cerca posible de la esencia de las cosas. La asunción del dogma de la utilidad o la satisfacción, incluso en su sentido más amplio y poderoso, no puede competir ni en cuanto a riqueza ni en cuanto a potencia con el mito de la inmortalidad, con el de la búsqueda de la felicidad o con el de la búsqueda de la conquista de las propias palabras que complementan otras obras filosóficas.

La lucha consciente por estas cuestiones es mucho más potente en otros lugares, como cuando Nietzsche se pregunta si acaso Platón era judío porque resulta radicalmente insuficiente decir que era griego. En América, en el mismo sentido, Emerson escribe:

Quien quiera hacer algo bien, habrá de tener un fundamento superior. Un filósofo ha de ser más que un filósofo. Platón está revestido de los poderes de un poeta y (aunque dudo de que tuviera el don decisivo de la expresión lírica), sin embargo, no es un poeta, porque escogió usar el don poético con otro propósito.